

manos y nuestros corazones, y con ellos oraciones constantes y fervorosas, para vernos libres de los males que nos rodean, preservarnos de los efectos de la malísima voluntad de nuestros enemigos, y conservarnos sanos de alma y de cuerpo. Para ello repitamos con la Iglesia: «¡Oh Dios, que sabéis, que á causa de la fragilidad de nuestra naturaleza, no podemos subsistir en medio de tantos peligros como nos cercan! dadnos la salud del alma y cuerpo, para que, con vuestro auxilio, venzamos las adversidades que experimentamos en castigo de nuestros pecados.»

Esta es la oración que habeis de hacer hoy conmigo. Armados con ella, y con la constancia y valor que debe inspirarnos, esperemos los acontecimientos, que jamás podrán exceder nuestras fuerzas y nuestra constancia, y que, en cambio, pueden ser, como lo espero, conformes á nuestros deseos. ¡Dios lo quiera así! Que el os bendiga ahora y siempre, y que os bendiga, y consuele especialmente en vuestras aflicciones.

Benedictio Dei, etc.

ROMA.

DISCURSO IMPORTANTE DEL SANTO PADRE

À LOS

ALUMNOS DEL SEMINARIO ROMANO.

El lunes 7 de Setiembre, los alumnos del Seminario Romano tuvieron la honra de ser recibidos por Su Santidad en audiencia privada. Contestando en ella el Santo Padre al canónigo Santoni, rector de dicho Seminario, pronunció el siguiente discurso, notabilísimo, como todos los suyos.

Recibo, mis queridos hijos, con la mayor satisfacción el testimonio de respeto y amor filial, que habeis venido á darme esta mañana, como alumnos del Seminario pontificio de esta *ciudad santa* (como se la llama en otro tiempo).

Ciertamente, que en todas las épocas ha intentado el demonio asaltar esta Sede del Catolicismo, esta Cátedra de la verdad; pero, al presente, más bien que en otra ocasión alguna, parece, que el príncipe de las tinieblas ha recibido de Dios permiso, para atacarla en todas partes, y por todo linaje de medios.

La Iglesia ofrece á nuestra consideración estos días, en el *oficio divino*, la historia de Job, y encuentro muchos puntos de semejanza, entre los tiempos que alcanzamos, y la historia del paciente anciano de Hus. En ella vemos, que el demonio, por inexcrutables designios de Dios, obtuvo permiso para someter á duras pruebas á aquel hombre justo, y que se echó sobre él con toda la rabia que le inspiraba la santidad del paciente.

Mató, primero, á sus hijos, y valléndose

de una terrible tempestad, echó por tierra sus casas, y sugirió á unos ladrones el proyecto de apoderarse de sus numerosos rebaños y de todos sus bienes. Finalmente, sujetándole á un tormento todavía mayor, inspiró á su mujer y á sus amigos amargas palabras, que debían de lastimar profundamente su corazón.

Hoy, Dios ha permitido al demonio de la revolución, que observe la misma conducta para con las gentes buenas y honradas. El demonio quitó la vida á los hijos de Job; la revolución arrebató los hijos del hogar doméstico, para exponerlos á las fatigas y los peligros de la guerra.

Pero esto no le basta: el demonio de la revolución rodea á los jóvenes de lazos, y procura matar las almas con los falsos principios que les inspira, con la inmoralidad que les enseña, y con el infernal espíritu de incredulidad, por cuyo medio intenta arrancar de esas almas la fe, el don más precioso que poseen.

El demonio derribó con el huracán tempestuoso las casas de Job; y el demonio de la revolución dejó desiertos los claustros y las humildes moradas de las vírgenes esposas de Jesucristo.

El demonio diputó á los Sabeos para robar á Job sus rebaños, y dar muerte á sus pastores; el demonio de la revolución despoja á la Iglesia de sus bienes, y hace pesar sobre todo el mundo onerosísimos impuestos.

El demonio puso en boca de los amigos y de la mujer de Job palabras de menosprecio: la revolución, después de despojarla, insulta á sus víctimas, y dá el calificativo de perezosos, y aún otros peores, á los que se han consagrado á Dios en su sagrado ministerio.

Ahora bien: ¿cuál debe ser la conducta de los ministros de Dios en situación tan triste? Predicar la paciencia, é inculcar á todos el deber de repetir con Job: «Si hemos recibido de Dios los bienes que tenemos, ¿porqué no recibimos con resignación los males y azotes que nos envía?»

Mas, para predicar con fruto, es preciso hacerlo con el ejemplo, y procurar en los años de la juventud proveerse de piedad y de ciencia. Esto es lo que á vosotros toca hacer en la lucha presente, mientras dure vuestro noviciado en el Seminario. Pero como todavía pasará algún tiempo, ántes de que estéis preparados para ser robustos atletas en los combates del Señor, no llegareis á tomar parte en las luchas del día. No consentirá Dios, que duren mucho estas violencias contra la justicia y contra la única religión del Dios verdadero.

Si pasarán los actuales perseguidores, y la Iglesia, desde lo alto de su inamovible roca, los verá, confundidos, caminar hácia su ruina. Con la calma, recobró Job sus bienes y sus hijos; y así volverán á la Iglesia, con la paz, los bienes de ella inseparables, y muchos de sus hijos extraviados ternarán á su seno.

Pero como la Iglesia es, y se llama militante, y la vida del hombre será siempre un combate, tras de la paz tendremos nuevas luchas; y para que estéis entonces dispuestos á sostenerlas, debéis ahora proveeros de armas con que confundir: este es el primer consejo que os doy.

El segundo tiene que ver personalmente con vosotros, y es el estudio de vosotros mismos. Al estudio de las ciencias, de la teología, de los cánones, debe suceder el estudio de vuestra alma: *Anima mea in manibus meis semper*. Examinad cual es su defecto dominante para atacarlo y vencerlo.

¡Oh! es indudable, que en la vejez experimentareis los saludables efectos de estos triunfos, alcanzados en la juventud sobre vuestros propios defectos.

Dios os sostendrá con la ayuda de su gracia, como os bendice ahora por medio de su Vicario; y ¡ojalá que con esta bendición derrame en vuestra alma el amor á estos dos estudios: el de las ciencias, y el de vosotros mismos! Así es como llegareis á ser dignos de evangelizar á los pueblos con fruto, os santificareis, y seréis, además, la honra de vuestra patria, que no ha menester de hojas que se marchiten, sino de frutos que den alimento espiritual.

Benedictio Dei, etc.

(Eco de Roma, 3 de Octubre 1871.)

CONMEMORACION

DE LA ENTRADA TRIUNFAL DE VÍCTOR MANUEL EN ROMA, POR LA BRECHA DE LA PUERTA PIA, EL DÍA 20 DE SETIEMBRE DE 1870;

DISCURSO NOTABILISIMO DE SU SANTIDAD;

Y

CONSIDERACIONES ACERCA DE ESTE DISCURSO.

Santísimo Padre:

La Roma moderna, la Roma de la usurpación, se regocijaba al recordar el 20 de Setiembre, día de la entrada triunfal de Víctor Manuel por la brecha de la Puerta Pia. Esta manifestación, que, por lo demás, ha hecho un completo *fiasco*, no podía menos de conducir á la cárcel apostólica los cortesanos de la desgracia, y á Dios gracias, estos cortesanos se han manifestado en inmensa mayoría en el pueblo Romano. Este pueblo, al cual cuatro años de escándalos, de promesas ilusorias, y de amenazas incesantes, no han podido corromper, estaba representado por los miembros de los diez círculos, que componen las sociedades católicas romanas, ó más bien—á causa del considerable número de sus miembros—por los directores de cada uno de los círculos. Estos directores, en número de doscientos, se reunieron el día 20 de Setiembre por la mañana, en la sala del Consistorio, para protestar, todavía una vez más, en nombre de la capital del Catolicismo, y del mundo entero, contra las iniquidades de que Roma y el Santo Padre son víctimas.

Al sentarse el augusto Anciano en el trono, rodeado de muchos cardenales y de prelados de su corte, el vice-presidente de la *Federazione Piana* se adelantó, y con voz clara y sonora dió principio á la lectura del siguiente discurso.

Con el corazón lleno de amargura, pero también lleno de confianza y de esperanza, los miembros de los consejos directivos de las sociedades católicas de Roma de la *Federazione Piana*, se presentan de nuevo ante vos, Santo Padre, en este día funesto, que recordará, para siempre jamás, la falta más enorme de nuestro siglo, la vergüenza más humillante de los salvajes civilizados de esta Europa ingrata. En este día, doloroso por doble motivo, primero, por los Dolores de la Virgen inmaculada, y luego, por vuestros dolores, ¡oh Padre imponderablemente atribulado! deponemos á vuestros pies, hoy, más que nunca, el homenaje de nuestro amor y de nuestra fidelidad.

Las esperanzas humanas que sostenían, en parte, nuestra debilidad, se han desvanecido, y hémos aquí, entre la tierra, que parece volver al caos, y el cielo, al parecer cerrado para nosotros: hémos aquí, entre la desolación, y Dios. Empero, no estamos solos; Santo Padre, con vos y por vos permanecemos firmes, llenos de confianza é imperturbables.

El Padre de los creyentes, fuerte con la promesa de Dios, no dudó, que tendría hijos del hijo que iba á sacrificar: espero contra